

CONFERENCIA IV

EL SOCIALISMO

1. El socialismo sepulcrista del liberalismo.— Siempre es triste contemplar un cortejo fúnebre. A su aspecto, el cristiano creyente, que repite con San Pablo: «Deseo la muerte para estar con Cristo», se pone grave, y el librepensador se siente inquieto, aunque crea que todo acaba con la vida.

«Tristemente tañe la campana, lúgubres son los acentos del coro; enmudecen los cantos de alegría».

Pero el sentimiento más opresor que excita este cortejo, se experimenta cuando acompaña á su última morada el cadáver de un rico avariento, ó el de un pródigo desordenado, indiferente, fanfarrón, y cuando el acompañamiento está unánime en aplicarle esta oración fúnebre: «Ha muerto como ha vivido; el mundo se ha desembarazado de él y nada ha perdido en ello». Entonces puede decirse con toda verdad de la campana que toca á muerto:

«Ha sido consagrada para convertirse, en este día, en la campana del condenado».

Tal es la impresión que nos produce la lectura de la profecía en que Carlos Marx califica al socialismo de «expropiación de los usurpadores por las masas populares, de toque de agonía del liberalismo». ⁽¹⁾ Verdad es que todavía no hemos llegado á la completa realización de estas palabras. El liberalismo sangra por las mil heridas que le ha inferido su adversario, y tiene pocas esperanzas de curación. Si, según todos los síntomas, debe sucumbir á estas heridas; si los proletarios que ha producido deben ser un

(1) Marx, *Das Kapital*, (4), I, 729; *Vorrede*, p. XII.

día sus sepulcristas, — como dice Liebknecht, ⁽¹⁾ — podemos afirmar por adelantado, sin poseer el don de profecía de Marx, que los funerales serán tales, que todos pensarán entonces en la campana fúnebre. Sí, el liberalismo tiene tantos crímenes sobre su conciencia, que es una obra de cristiana compasión decir únicamente en su entierro: «¡Pobre pecador!» Semejante al hijo pródigo, ha obrado con ligereza y derrochado todo lo que caía en sus manos, aunque no fuera suyo; pero él mismo ha sabido, con mucha prudencia, quedarse á salvo siempre que se ha tratado de sacrificios, dilapidando con mala fe todo aquello sobre lo cual no tenía derecho: el sudor del pobre, el salario del obrero, la moral pública, las almas de los niños, el servicio de Dios, la fe en todo lo elevado. De tal pecado tendrá que rendir cuentas, y las cuentas se las arreglará el socialismo, el socialismo actual ó el futuro. Este es el único instrumento, suficientemente malo, de que Dios echará mano. Bien hacen Marx y Liebknecht en decir que el socialismo tiene el deber de arrojar al liberalismo de su usurpado trono del mundo, por medio de las masas del pueblo indignado, y después aniquilarlo.

2. El socialismo como tentativa de conducción de las masas populares al combate contra el orden social.— El socialismo se dirige, pues, á las grandes masas populares en el sentido más amplio de la palabra. En esto consiste su fuerza, y especialmente su fuerza, en su lucha contra el liberalismo.

Se comprende sin gran esfuerzo que el absolutismo buscase únicamente el provecho de unos pocos. Lamentable era esto, si bien, por lo menos, no era inconsecuente, ni nunca fué negado por él. Pero mucho más irritante es la hipocresía del liberalismo. Éste llenóse la boca con las palabras soberanía del pueblo, igualdad universal y libertad, sólo para infundir confianza en las masas y monopolizar todas las ventajas de la vida social en favor de un corto número de privilegiados, mejor dicho, de astutos filibuste-

(1) *Protocole du Congrès de Halle*, 1890, p. 169.

ros. Jamás partido alguno ha pisoteado tan descocadamente el derecho y el deber, ni los ha puesto en tan ruda oposición; jamás ninguno ha conferido tan brutalmente, á unos, todos los derechos, sin imponerles deber alguno, y, á otros, todas las cargas, sin compensación de ninguna especie. Esto proporciona á la rebelión contra la soberanía del liberalismo ese aguijón, tanto más agudo y venenoso cuanto que más duradero es, hasta que destruya por completo ese sistema del egoísmo.

Á esto hay que atribuir que el pueblo se despierte ahora repentinamente y, como vulgarmente se dice, exija como un solo hombre sus derechos. Sin la opresión del liberalismo, no se explicaría la extensión general, irresistible, del movimiento democrático y las simpatías de la época por el socialismo. Apenas es posible citar hasta ahora una aparición semejante en la historia. El mismo radicalismo no puede compararse con esto. La Revolución no fué en verdad un levantamiento del pueblo en masa. Los que, con ella, se hicieron dueños del poder, formaban en todas partes una fracción casi imperceptible del pueblo. La Revolución era una oligarquía, y sus jefes fueron abogados, burgueses, y, á veces también, aristócratas. Del mismo modo, el radicalismo del año 40—recuérdese la guerra del Sonderbund, la revolución de Baden, la sublevación de Viena,—fué obra de abogados, periodistas judíos, estudiantes tronados, maestros de escuela descontentos y otros necesitados y proletarios intelectuales. Pero ahora es el pueblo, son las muchedumbres las conducidas en masa al combate y á la victoria. Ahora es la democracia la que aspira á la soberanía; es la *ochlocratia*,⁽¹⁾ que trata de imperar en toda la fuerza de la palabra. Supresión completa de todas las diferencias de clases, nivelación universal, establecimiento de una regla general en todo sin excepción; supresión de todos los límites de clases, de naciones, de Estados, para llegar al internacionalismo y al cosmopolitismo; tal es el objetivo de esta tendencia. Rousseau no cabría en sí de gozo,

(1) «Soberanía de la plebe.» (Nota del Traductor).

si viese hasta qué punto los socialistas han adoptado sus ideas. Los hombres ineptos de la Revolución fraccionaron por completo á la sociedad en Estados independientes, pero ahora es preciso reducirla á polvo, hacer de ella una pasta y cocer esta pasta en el gran incendio del mundo, para formar con ella un pastel capaz de hacer estallar á todos los dragones de Bel y al mismo Leviatán.

De aquí resulta que comprenden muy poco el socialismo los que, según expresión corriente, no le atribuyen más que una importancia negativa, y pretenden que sólo combate el exceso de poder del capital, y sólo aspira á conseguir una situación tolerable para las clases obreras oprimidas. Casi siempre todo esto no es más que un pretexto, gracias al cual recluta adeptos. Pero aun allí donde no profesa explícitamente tales principios, éstos constituyen, no obstante, uno de los puntos de su programa. No se le hace, pues, una injusticia, cuando se afirma que esta tentativa constituye su verdadero punto de partida. Pero hace mucho tiempo ya que lo ha traspasado; ahora no piensa ya en defenderse, sino en emprender una guerra exterminadora.

El socialismo no tiene por objeto el mejoramiento de la sociedad, sino la completa destrucción del viejo edificio. Quizás lo logre, pero seguramente no conseguirá edificar otro nuevo.

3. La primera empresa del socialismo consiste en destruir la sociedad: el socialismo es esencialmente idéntico al anarquismo.—Á lo que ante todo aspira el socialismo es á la destrucción de todo lo que hasta ahora se comprende con el nombre de sociedad. Aquel pesimismo que hizo decir á Paine que no contenía una fibrilla con la cual se pudiese intentar un ensayo de mejoramiento, pues no quedaba otro remedio que destruirlo todo,⁽¹⁾ aquella furia que inducía al radicalismo ruso á declarar que no debía quedar piedra sobre piedra, sino reducir también á polvo cada piedra, á fin de que no pudieran repararse las

(1) Véase más arriba, II, 1.

ruinas; aquella locura que impulsó á Vaillant, Ravachol, Caserio y Perowkaja á sacrificarse, únicamente para que se hundiese todo con ellos, ó estallase por los aires, he aquí el verdadero espíritu del socialismo. En vano intenta el socialismo defenderse de su fusión con el anarquismo, ya que él mismo confiesa que su término es la disolución, el caos, la nada. Todo convencido y consecuente socialista, es siempre un anarquista ó un nihilista.

La prueba de ello nos la ofrece cada día la historia. Ya se pueden proponer soluciones y dar pasos para mejorar la situación de las clases oprimidas, para calmar la excitación que reina en la sociedad; siempre se encontrará la más furiosa resistencia contra estos propósitos en los círculos de los más celosos demócratas. Ciertamente, proviene esto, en parte, de que semejantes doctrinarios nunca se contentan con conquistas parciales, sino que quieren hacerse dueños de todo de golpe y porrazo; pero el verdadero motivo es más profundo. Ningún partido revolucionario se contenta con un mejoramiento positivo, pues ve en ello un obstáculo á sus planes. Esto es precisamente lo que ocurre con el socialismo. Actualmente, no piensa en favorecer á los suyos; por lo contrario, afirma con toda claridad que ni aspira ni le satisface semejante fin, sino que, antes bien, lo que desea es que se agrave la situación, y acoge con júbilo todo lo que puede contribuir á empeorarla, á fin de lograr con más seguridad su objeto, el cual no es otro que el completo aniquilamiento del orden existente. ⁽¹⁾

Tras esto, puede el mundo mismo responder á la pregunta sobre si es importante matar al socialismo ó intentar domesticarlo, ora por vía pacífica, ora arrojándole algunas mercaderías averiadas, según el antiguo método practicado por el liberalismo. En el punto á que han llegado las cosas, semejantes concesiones no hacen más que aumentar el entusiasmo y fortalecer las convicciones de aquellos ante los cuales se retrocede. Para convencerse de ello, basta leer los periódicos socialistas. Apenas un teólo-

(1) *Vers. der Berl. Socialdem. (Vorwärts, 7 de Julio de 1891, Beil).*

go ó un economista ha dejado escapar una expresión en la cual diga que el socialismo contiene más verdad que el liberalismo, cuando al punto, ebrios de infantil alegría, entonan su Te Deum, suficientemente corto para que lo aprendan de memoria las masas, porque sólo contiene estas palabras: «Aumentan las conversiones al socialismo». Si se propone en un congreso el mejoramiento de la situación de los obreros, fáltales tiempo á sus periódicos para exclamar: «El Estado realiza poco á poco el programa socialista». «Pero —añaden siempre al terminar—esto no retrasa nuestra marcha. No nos contentamos con girones; necesitamos el todo. No dejaremos que los extraños corrompan nuestros planes; queremos realizarlos por nosotros mismos. Queremos el verdadero socialismo, y sabremos evitar las trampas que el liberalismo oculta bajo la apariencia de los buenos servicios que trata de hacernos; no queremos levantar la liebre y que él se la coma». «No pactamos con nadie—dice Liebknecht;—mantenemos en alto y con firmeza nuestro carácter revolucionario». ⁽¹⁾

4. Incapacidad del socialismo para realizar su segunda misión, el establecimiento de una nueva sociedad.—Esta vigilancia es inútil. El carácter revolucionario, mejor dicho, la naturaleza anarquista, está tan infiltrada en la sangre del socialismo, que no puede prescindir de ella, aunque quisiera. Esto se demostraría tan pronto como empezase la segunda empresa, á saber, la edificación de la nueva y soñada sociedad.

Sabido es, que Liebknecht, hombre muy avisado, condenó que se hablase y se describiese el futuro Estado, calificando esto de charla de viejas. ⁽²⁾ No le faltaba razón para ello. Tampoco queremos nosotros tratar este problema, pues no creemos que ningún Estado futuro fuese duradero.

(1) *Protocolo del Congreso de Halle, 1890, p. 96.* Más indicaciones parecidas en Cathrein, *Sozialismus*, (7), 166 y sig. Muy significativa es, contra esto, la hermosa expresión de Montalembert cuando dice que dos palabras no puede nunca pronunciar la Iglesia, á saber: «Todo ó nada» y «Es demasiado tarde». Véase Baunard, *Un siècle de l'Église de France*, (3), 122.

(2) *Vorwärts* de 1.º de Enero de 1891.

Consideramos y repetimos que el socialismo es excelente para destruir, pero incapaz para reedificar; es revolucionario, anarquista, nihilista, pero nada más.

En esto no somos injustos con el socialismo. Conocemos su buena voluntad para edificar, después de la destrucción de la vieja sociedad, una nueva con más sólidos fundamentos. Y precisamente es este también uno de los motivos porque se le adhieren tantos neófitos desesperados de la decadencia, de la disolución, del caos de la sociedad liberal. También reconocemos que el socialismo hasta se da el trabajo de preparar el mortero para esta nueva imaginaria construcción. Algo semejante vemos en el honorable principio que, en 8 de Septiembre de 1866, cuando la fundación de la Internacional, opuso al liberalismo: «Ningún derecho sin deber, ningún deber sin derecho». No obstante, debemos afirmar que no es posible pensar en una unión, en una acción común, de la sociedad socialista, y que nunca se desligará del anarquismo.

El socialismo ha hecho suya la independencia del hombre, la quintaesencia del absolutismo, del radicalismo, del liberalismo. Con esto ha echado su suerte, y más rápidamente que los llamados partidos. En éstos pueden existir sistemas que únicamente dejen imperar á ciertos autócratas escogidos. Pero una secta como el socialismo que de veras quisiera establecer la igualdad universal, una sociedad puramente autónoma del yo, en el sentido de Stirner, un Estado constituido tan sólo por señores, según la prescripción de Nietzsche, debe reducirse á ruinas. Con la absoluta igualdad es incompatible la soberanía; donde no hay autoridad, reina la anarquía. Sólo el vínculo de la autoridad impide la disolución de la sociedad. Aun si se quisiera fundar en el papel una sociedad humana, habría que decir con Proudhón: «Cada uno es su propia autoridad, cada individuo es soberano en el mismo grado, cada uno absolutamente independiente; sólo mediante la atracción recíproca de las moléculas sociales humanas es posible producir una cooperación de fuerzas, un cambio de servi-

cios, una existencia colectiva, una fuerza impersonal, anónima, invisible, que reemplace á la autoridad y mantenga unido el conjunto». ⁽¹⁾ Pero ¿quién creará seriamente que una fuerza tan inconcebible, parecida á la afinidad química ó la tensión eléctrica, una masa tan prodigiosa de dioses egoístas, se puede amansar y conservar estrechamente unida en todos los combates y sacrificios? Ni siquiera Proudhón se atrevió á imaginar semejante sociedad orgánica; él mismo empleó la frase «mecánica social». Esto es la confesión clara de la verdad, es decir, que tal conjunto de hombres es un puro anarquismo.

5. El socialismo es el heredero universal, el Estado del porvenir, la representación general de las ideas modernas.—Comprendemos que el mundo tema que llegue el momento en que el socialismo empiece á realizar sus ideas. Pero, en primer lugar, él mismo declara que no piensa en esto todavía. ¿De qué proviene, pues, que, por excepción, atribuya esta vez la sociedad tal importancia á un partido puramente teórico, á una sencilla escuela? Generalmente, no toma en consideración las teorías abstractas. ¿Por qué lo hace aquí repentinamente? La razón es clara. La sociedad moderna experimenta un sentimiento de afinidad con el socialismo con todo lo que la alienta. No puede ella ocultarse el desgraciado hecho de que el socialismo es la consecuencia únicamente posible, el inevitable desarrollo de los principios sociales, á los cuales ella misma se adhiere, y que él la batirá con sus propias armas. Teme que lo haya estado preparando demasiado tiempo para que pueda ya ser contenido. Y en esto quizás tenga razón.

El socialismo es, pues—¿por qué negarlo?—el heredero universal de las ideas modernas; y precisamente consiste su poder y su peligro en haber incluido en su programa todos los principios de los filósofos y de los sociólogos modernos, principios, cuyo poder ningún conocedor del espíritu moderno se atrevería á poner en duda. Babeuf no ha hecho

(1) Périn, *Die Lehren der Nationalökonomie seit einem Jahrhundert*, 159 y sig.

más que imitar á Rousseau; Herzen, Marx, Bakunín y Prudhón se han limitado á copiar á Hegel, Stirner y Nietzsche, á Fichte, Feuerbach y Schopenhauer; y también en verdad han sacado las consecuencias prácticas de sus doctrinas. Si el mundo se horripila ahora de estas doctrinas, prueba es de la despreocupación con que juega con las ideas más peligrosas. ¡Cómo si la anarquía del pensamiento fuese naturalmente permitida sólo á aquellos á los cuales el liberalismo ha concedido el monopolio de la literatura! ¡Cómo si no fuese claro que la anarquía intelectual y moral ha conducido indudablemente á la anarquía de la vida pública!

Así, pues, debemos atribuir también al socialismo cierto derecho, el derecho de la consecuencia. Si se defienden los principios de que nuestra época tanto se enorgullece, evidente es que obra el socialismo con derecho y consecuencia. Hasta ahora se habían considerado estas doctrinas como privilegios de ciertas clases; pero el socialismo desea, con sus predicaciones, hacer partícipes de ellas á todos sin excepción, y muy particularmente á las clases bajas. De aquí que quiera unir todo lo que hasta ahora aparecía como disgregado: el absolutismo del poder, el liberalismo del pensamiento, la acción revolucionaria y radical. Todo ello, unido, debe realizar el Estado futuro, de una vez, en unidad indivisible, uniforme, para todas las clases. El Estado socialista debe convertirse en escenario de las ideas modernas en general. Si éstas son tan excelentes como lo afirma la época, no hay motivo para asustarse del nuevo estado de cosas. Pero si se extremeiere al ver que se realizan con todas sus consecuencias en la vida, mal síntoma sería esto para las ideas modernas, por un lado, y para la sinceridad del mundo, por otro.

6. El socialismo es enemigo y, no obstante, heredero del liberalismo.—El liberalismo es el que en peor situación se encuentra sobre este punto. Á él es al que persigue el socialismo con más violencia, porque actualmente es el sistema predominante, y porque, entre todos, es el que más puntos flacos ofrece, y de aquí que sea el más fácil de

atacar. El odio del socialismo contra el liberalismo, y el temor de este último son tanto mayores cuanto que más se relacionan entre sí los dos sistemas, por sus ideas fundamentales y sus últimos propósitos, en una palabra, por su naturaleza. ⁽¹⁾ Cuando hermanos, padres, hijos, personas que participan de las mismas ideas y persiguen los mismos fines; cuando individuos unidos por la misma sangre entran en discusiones á propósito de la herencia ó de la autoridad, la lucha es mucho más ardiente que cuando extraños son los que combaten.

La causa de que los socialistas se muestren tan ásperos con el liberalismo proviene de que éste no quiere perder su influencia política y económica sobre la sociedad, influencia de que tanto ha abusado, y cuyo resultado ha sido la disolución de todo orden. En desquite, el socialismo acepta los principios del liberalismo concernientes á la religión, á la verdad, á la moral y al derecho. Sólo combate al liberalismo como sistema político y práctico; pero, como escuela, se le somete de buen grado, y todo lo arrostraría con tal de realizar sus doctrinas.

De aquí que el liberalismo sea incapaz de hacer frente con principios al socialismo. Ve en éste carne de su carne y sangre de su sangre. No puede oponerle á sus principios ningún sincero «no»; y siempre tendrá que confesar que el socialismo profesa sus doctrinas.

Más tarde hablaremos más detalladamente de la estrecha relación que tienen éstas con las cuestiones religiosas y morales. Ahora únicamente nos fijaremos en que todos los socialistas y anarquistas convencidos, además de la negación de toda religión, profesan dos errores, á saber, que el hombre es bueno por naturaleza y que sólo las malas condiciones sociales en que vive lo pervierten, dos tesis que han aprendido de Rousseau, el profeta del liberalismo.

(1) Cathrein, *Moralphilosophie*, (3), II, 187 y sig. Ibidem, *Der Sozialismus*, (7), 154 y sig. Biederbach, *Die soziale Frage*, (2), 58 y sig. Pesch, *Liberalismus, Sozialismus*, etc., (2), I, 12 y sig.